

El Corresponsal de París.  
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Año IV. - Núm. 588.

Redac.<sup>ón</sup> y Admón:

Paris 7 de Diciembre de 1888.

37 y 19 rue Maubeuge  
Paris.

### La situación.

Está visto que los oportunistas no dan pie con bola de mucho tiempo a esta parte. Anteayer se trataba entre ellos de presentar nada menos que una proposición a la Cámara condenando la actitud del gobierno por haberse abstenido de votar en un detalle relativo al presupuesto de cultos. La prensa oportunista, cuando ha visto el pobreísimo desenlace que había tenido este incidente, ha hecho toda clase de esfuerzos para descartar en este asunto la solidaridad del partido; pero nuestras particulares noticias nos permiten asegurar que Mr. Laroze - autor de la novuata proposición de censura - no había obrado a la ligera, como se ha querido suponer ahora, y bajo el impulso de una inspiración súbita. Digase lo que se quiera, lo cierto es que el plan de esa burda conspiración contra el gabinete había sido preparado de concierto con los jefes de la Camarilla oportunista. Estos habían tenido, al efecto, sus conciliábulos con algunos miembros de la Derecha monárquica, y contábase con obtener un éxito seguro aprovechando la poca atención que suele reinar en la Cámara en los finales de sesión. En una palabra: los oportunistas trataban de hacer al gabinete la zanca di-lla... por sorpresa.

Pero una cuestión de reglamento impidió al presidente dar lectura de la proposición de Mr. Laroze. Con todo, nada más natural que pensar que el incidente quedaba sencillamente aplazado para la próxima sesión. En efecto, si la actitud del gobierno había parecido censurable a los oportunistas en la tarde del miércoles hasta el punto de no haber podido contener su indignación (con sus propias palabras) y haberse creído obligados a presentar contra él una proposición de censura, pa-



rece sencillamente natural que era una indignación persistiera todavía a las veinte y cuatro horas ó sea en la sesión de ayer; y sin embargo, en esta sesión se ha visto el singular y animal espectáculo de un acusado - digamos, el presidente del Consejo de ministros - presentándose a provocar a sus acusadores y a ponerles en la precisión de abrir la batalla, y de unos acusadores contestando lastimosamente a esa provocación, después de haberse previamente y largamente puesto de acuerdo: "Todavía no. Ya escogeremos nuestra hora; pero decididamente no este el momento que nos conviene."

Hay que decirlo de nuevo: un partido que así se ve reducido a apostarse al acecho en las prostrimerías de una sesión para asaltar a los ministerios por sorpresa, y a relusar la batalla cuando estos se la ofrecen en pleno día, cierto, ese partido es un partido completamente muerto. Lo que hay es que la Camarilla oportunista, a pesar de sus continuos descabros, no quiere rendirse a la evidencia. Ella persiste en buscar y amontonar toda clase de fútiles pretextos para dificultar la marcha del gobierno; ella intriga con el Senado y cuenta con él el día en que vuelva a ser poder - si vuelve a serlo nunca - para hacer la disolución y dirigir las próximas elecciones generales, comprendiendo que si el gobierno no está en sus manos en el momento del futuro escrutinio, éste pronunciará decididamente su condenación definitiva...; todo, menos darse por convencida de que sus antiguos esplendores, cediendo la plaza a su impopularidad presente, pasaron ya para siempre al limbo de la historia.

El espectáculo que los oportunistas dieron ayer a presencia de la Cámara fue en realidad de lo más lastimoso que hayamos visto nunca. Comprendese perfectamente que Mr. Larze se batiera en retirada aplazando la cuestión de censura para otro día, en vista de la actitud de la Cámara que hubiera dado sin duda un nuevo triunfo al gabinete; con todo, preciso es hacer justicia a la franquera con que se expresó en dicha sesión el presidente del Consejo. Mr. Floquet ha perdido apenas una vez más - y nosotros hemos de hacerlo constar de nuevo - de que esa firmeza de actitud por parte del gobierno nunca deja de producir en la Cámara un saludable efecto, y de que cuanto más se provoca a los oportunistas para que abran el fuego e inicien la batalla, más cuidado ponen aquellos en eclipsarse y en tocar retirada.



La artillería francesa y la artillería alemana. - La cuestión relativa a la superioridad de la artillería francesa sobre la alemana ha sido seriamente discutida en estos últimos tiempos. Los pareceres andan algo discordes en algunos puntos de detalle; pero en el fondo, la mayor parte de los técnicos reconocen que la nación francesa se lleva en este punto la palma.

Ultimamente el Deutsche Heeres Zeitung, uno de los periódicos militares más importantes que se publican en Alemania, acaba de dar a luz un extenso artículo acerca de la reorganización de la artillería alemana, en el cual termina su autor haciendo una comparación sucinta entre la artillería de ambos países. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que entresaguemos de dicho trabajo los siguientes interesantes datos.

Los puntos que parecen al escritor alemán más dignos de interés en la expresada comparación y aquellos sobre los cuales la superioridad de la artillería francesa le parece incontestable, son los siguientes:

- 1.º La artillería francesa tiene 10.000 caballos de más que la artillería alemana, en tiempo de paz.
- 2.º Su cuadro de oficiales de profesión es numericamente superior en la proporción de una quinta parte.
- 3.º La mayor duración del servicio activo permite dar a los artilleros franceses una instrucción más completa.
- 4.º Los franceses poseen un shrapnel como los alemanes; una espoleta de doble efecto comprobada; una pólvora casi sin ruido y sin humareda, cuyo secreto es difícil de adquirir pues está basado en los procedimientos de fabricación y no en la composición de la substancia.

En fin, las cualidades balísticas del cañón francés, son, aunque poco, algo superiores a las del cañón alemán.

El escritor alemán a que nos referimos hace, sin embargo, observar que el material francés es más pesado, por consiguiente menos móvil que el material alemán; y que, si bien los caballos franceses son más numerosos, en cambio están dotados de menor vigor que los caballos alemanes.

Este es ciertamente el punto débil de la artillería francesa a los ojos del articulista alemán, quien declara, al terminar su trabajo comparativo, que "jamás se encontrarían en Alemania caballos de artillería en el estado en que todo el mundo ha podido ver los de la artillería francesa en las últimas maniobras del 3.º Cuerpo de ejército."



Los espías alemanes y la buena fe de la prensa alemana. - La carta publicada recientemente por el coronel Del ejército francés Mr. Stoffel, expulsado no ha muchos días de Alemania por haber sido considerado poco menos que como espía por las autoridades del imperio, ha producido, como se esperaba, sus resultados. La verdad es que, a pesar del envilecimiento general que atravesamos, la expulsión brutal del territorio alsaciano de un oficial superior francés, cuyo carácter y honorabilidad están por encima de toda sospecha y que, a mayor abundamiento, se había puesto perfectamente en regla con las autoridades superiores del imperio antes de emprender su viaje a las provincias anexionadas, ha levantado en Europa un sentimiento de reprobación que no ha debido pasar desapercibido en Berlín a juzgar por el contraefecto que revela la lectura de la prensa oficial de aquella capital. - El primer periódico que ha tratado de borrar el mal efecto producido por la carta del coronel Stoffel, es la Gaceta de la Alemania del Norte, y para conseguirlo se entretiene en publicar una larga lista de oficiales franceses residentes en Alemania y expulsados de aquel territorio por sospecha de espionaje.

No hay más que hacer una lectura detenida de esta estadística lipídica que publica el órgano oficial de Mr. Bismarck para darse cuenta de la mala fe con que obra en este, como en tantos otros asuntos, la prensa asalariada de Alemania. En efecto: los oficiales franceses acusados por ella habían pasado la frontera en virtud de licencia y provistos de un correspondiente pasaporte militar. Una vez llegados a su destino, se habían presentado a la autoridad militar alemana, declarando su cualidad de oficiales franceses, y exponiendo el objeto de su permanencia en Alemania. - Advertiremos, de paso, que jamás ningún oficial alemán ha hecho otro tanto con las autoridades francesas. - Ahora bien: ¿es admisible que esos oficiales pudiesen tener la más pequeña intención de espionaje? Si en realidad la hubieran tenido, ¿hubieran obrado en la forma en que lo hicieron? ¿Es que son siquiera concebibles semejantes emisarios, encargados de sorprender los secretos militares del vecino, yendo a arrojarse candidamente a la boca del mismísimo lobo? ¿Desde cuándo van los espías a denunciarse ellos mismos? - El simple buen sentido, pues, hace caer de su base las perfidas acusaciones estampadas por la Gaceta de la Alemania del Norte.

En cambio, toda la prensa de París viene hoy unánime publicando una interminable lista de los muchos sujetos alemanes acusados y condenados de espionaje en territorio francés. ¿Podría decir el órgano de Mr. de Bismarck cuántos son los súbditos franceses que han sido condenados en concepto de espías comprobados por el alto tribunal de justicia de Leipzig? ¿Buena mala fe, y, sobre todo, cuánta impudencia!